

Presentación

Para conmemorar los 2400 años de la muerte de Sócrates, modelo de pensamiento crítico y de coherencia entre las ideas y los actos, en noviembre de 2001 se celebró un coloquio en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, del cual *Theoría* recoge ahora diez contribuciones a los estudios socráticos.

La imagen de Sócrates que surge de los escritos platónicos es naturalmente un eje común a varias colaboraciones. En “La psicología moral de Sócrates”, Daniel W. Graham discute el intelectualismo socrático y argumenta que muchas de las célebres paradojas asociadas con la figura de Sócrates son meramente aparentes, si se interpreta el modelo socrático de la *psychē* humana como un conjunto de proposiciones, de modo que la coherencia lógica entre éstas es condición necesaria y suficiente de la felicidad. “Sócrates y el oráculo de Delfos”, de Enrique Hülsz, es una aproximación al célebre pasaje de la *Apología* platónica sobre la misión socrática; el artículo sostiene que el episodio tiene la función de ofrecer una imagen de la filosofía como docta ignorancia, la cual parece estar arraigada en el pensamiento de Heráclito. “La filosofía: amor de la verdad y práctica de morir”, de Antonio Marino, retoma el problema del amor y la muerte en el contraste entre el Sócrates del *Simposio* y el del *Fedón* platónicos. Marino sostiene que la teoría de Eros en el discurso de Aristófanes es la que más se apega a nuestra experiencia, y que en Sócrates (o la unión funcional de éste y Diótima) se expresa finalmente lo “anerótico”. Este *eros* socrático, orientado a lo divino e inmortal, sin dejar de ser humano, está presente en la entraña del *Fedón*. Haciendo énfasis en la insuficiencia del *logos*, esta obra es interpretada, como una complicada versión del mito del Minotauro, en la que Sócrates figura como un nuevo Teseo.

Otras vertientes del problema de Sócrates son también objeto de atención. En “Tragedia y filosofía: Eurípides y los antecedentes de la dialéctica socrático-platónica”, María Teresa Padilla explora el arte trágico de Eurípides, visto precisamente como antecedente del pensamiento socrático-platónico,

y sostiene que el contenido dialógico en Eurípides conlleva una reflexión sobre la condición humana (individual y social) y constituye una expresión similar a la idea socrático-platónica de la forma del método filosófico. Desde otro ángulo, en “Homero y Sócrates: dos *paideiai*”, Alicia Montemayor se acerca a la pugna entre filosofía y poesía, contrastando el modelo homérico de la *paideia* tradicional con el socrático, que centra su atención en el cultivo y mejoramiento de la *psychē* individual. También “El paradigma socrático”, de Paulina Rivero Weber, reformula la paradoja de Sócrates, cifrada en la oposición del valor de la vida en sociedad y el del pensamiento crítico y autónomo del individuo. “La deriva sapiencial socrática: ironía, *katalēpsis*, *epochē*”, de Josu Landa, lleva a cabo una revisión de las secuelas de tres tendencias del pensamiento socrático, tal como fueron desarrolladas por el cinismo, el estoicismo y el escepticismo, en tiempos helenísticos, de la cual emerge de nuevo la figura de Sócrates como pensador moral. La apropiación nietzscheana del símbolo de Sócrates, y su transfiguración, ocupan tanto a Greta Rivara como a María Antonia González, quienes se abocan a sendas discusiones acerca de la figura de Sócrates a través de *El nacimiento de la tragedia*. Sócrates aparece como una metáfora ambivalente, a la vez el símbolo del racionalismo y la encarnación del espíritu de la música. Por su parte, Gustavo Luna opera una aproximación inusitada en “Sócrates y Sade: una perversión (o el escándalo de la filosofía)”, donde defiende que ambos pensadores hacen lo mismo: revelar el profundo deseo que hay en el ser humano, no de conocimiento, sino de autoengaño e ignorancia de sí mismo.

Una observación elemental es que esta recopilación testimonia la diversidad de visiones de la figura de Sócrates. Esto ocurre desde el principio de su leyenda, y sugiere que la diversidad de las versiones se debe a la riqueza intrínseca del original. La vocación práctica del saber para la vida, una intensa preocupación por el universo de lo ético, la coherencia racional como principio metódico del pensar, el hablar y el obrar, todos estos registros (y otros más) configuran la compleja imagen —siempre irónica y paradójica— del paradigma del filósofo. Es un hecho que el paradigma socrático sigue vigente, y que Sócrates sigue siendo el nombre de un enigma. Pero en parte también por esto mismo, su filosofía (inseparable de la ejemplaridad de su vida) tiene para nosotros interés y actualidad. Bien podría decirse que Sócrates sigue con nosotros y que goza al menos de esa forma de inmortalidad que hay en el recuerdo.

Enrique Hülsz Piccone